

buen grado del reinado imaginario que sobre las demás criaturas se nos confiere.

Aun cuando todo esto fuera discutible, existe sin embargo cierto respeto y un deber de humanidad que nos liga, no ya sólo á los animales, también á los árboles y á las plantas. A los hombres debemos la justicia; benignidad y gracia, á las demás criaturas que pueden ser capaces de acogerlas; existe cierto comercio entre ellas y nosotros y cierta obligación mutua. Yo no tengo inconveniente alguno en confesar la ternura de mi naturaleza, tan infantil, que no puede rechazar á mi perro las caricias intempestivas con que me brinda, ni las que me pide. Los turcos piden limosnas y tienen hospitales para el cuidado de los animales. Los romanos cuidaron con exquisito esmero de las ocas, por cuya vigilancia se salvó el Capitolio. Los atenienses ordenaron que las mulas y machos que habían prestado servicios en la construcción del templo llamado Hecatompedón no trabajaran más, y fueran libres de pastar donde los placiera, sin que nadie pudiera impedirselo. Los agrigentinos enterraban ceremoniosamente los animales á quienes habían profesado cariño, como los caballos dotados de alguna rara cualidad, los perros y las aves cantoras, y hasta los que habían servido á sus hijos de pasatiempo. La magnificencia que les era inherente en las demás cosas, resplandecía también en el número y suntuosidad de los monumentos elevados á aquel fin, los cuales existieron hasta algunos siglos después. Los egipcios daban sepultura en tierra sagrada á los lobos, los osos, los cocodrilos, los perros y los gatos; embalsamaban los cuerpos y llevaban luto cuando morían. Cimón dió honrosa sepultura á las yeguas con que ganó tres veces consecutivas el premio de la carrera en los juegos olímpicos. Xantipo el antiguo hizo enterrar á su perro en un promontorio situado en la costa del mar que después llevó su nombre, y Plutarco consideraba como caso de conciencia el vender y enviar á la carnicería, por alcanzar un provecho insignificante, un buey que por espacio de mucho tiempo le había servido.

## CAPÍTULO XII

### APOLOGÍA DE RAIMUNDO SABUNDE <sup>1</sup>

Es en verdad la ciencia cosa de suyo grande. Los que la desprecian acreditan de sobra su torpeza; mas yo no estimo por ello su valer hasta la extrema medida que algunos la atribuyen, como por ejemplo, Herilo el filósofo, que colocaba

1. Llamado también *Sebón*, *Sebeide*, *Sabonde* ó *de Sebonde*; se ignora el año de su nacimiento; murió en Tolosa, en 1432, donde profesó la medicina y la teología, v. en *La Ciencia Española*, del señor Menéndez y Pelayo, el capítulo sobre « la patria de Raimundo Sabunde ».

en ella el soberano bien y aseguraba que en la ciencia sólo residia el poder de hacernos prudentes y contentos, lo cual no creo cierto, así como tampoco lo que otros han dicho: que la ciencia es madre de toda virtud, y que todo vicio tiene su origen en la ignorancia. Dado que fuesen ciertas, aserciones tales siempre están sujetas á larga controversia. Mi casa ha estado desde larga fecha abierta á las personas de saber, y por ello es conocida, pues mi padre, que la ha gobernado por espacio de más de cincuenta años, animado por el nuevo ardor de que dió primeramente muestras el rey Francisco I abrazando las letras y poniéndolas en crédito, buscó con interés la compañía de hombres doctos, recibiéndolos espléndida y fastuosamente como á personas santas á quienes adornara alguna particular inspiración de la divina sabiduría, recogiendo sus discursos y sentencias, cual si de oráculos emanasen, y con tanta más reverencia y religiosidad cuanto que no se hallaba en estado de juzgarlas, pues no tenía ningún conocimiento de las letras, como tampoco lo tuvieron sus predecesores. Yo amo las letras, mas no las adoro. Pedro Bunel, entre otros, hombre muy reputado, habiéndose detenido algunos dias en Montaigne en compañía de mi padre y con otras personas sabias, hizole obsequio al marcharse de un libro que se titula: *Theologia naturalis, sive liber creaturarum, magistri Raimondi de Sebonde*; y como las lenguas italiana y española eran á mi padre familiares, y el libro está escrito en un español mezclado de terminaciones latinas, suponía aquél que mediante algún esfuerzo podía mi padre sacar de su lectura algún provecho, recomendándosela además como obra muy útil y adecuada á la época: era, en efecto, el tiempo en que las nuevas de Lutero principiaban á alcanzar crédito y á quebrantar nuestras antiguas creencias en muchos puntos. En ello opinaba bien Pedro Bunel, previendo que aquel comienzo de enfermedad muy luego degeneraría en ateísmo execrable, pues careciendo el vulgo de la facultad de juzgar de las cosas por sí mismas, dejándose llevar por las apariencias, luego que han dejado en su mano la libertad de despreciar y examinar las ideas que hasta entonces había tenido en extrema reverencia, como son todas aquellas de que depende su salud eterna, y que ha visto poner en tela de juicio algunos artículos de su religión, muy pronto se desprende en tal incertidumbre de todas sus demás creencias, que no tenían el fundamento mayor que aquellas que le han sido sacudidas, cual si de un yugo se tratara, y abandona todas las impresiones que había recibido por la autoridad de las leyes ó por acatamientos del uso antiguo,

Nam cupide conculcatur nimis ante metutum <sup>4</sup>;

1. Porque es grato pisotear aquello que más se temió y reverenció. LUCRECIO I, 5, v. 1139.



proponiéndose en lo sucesivo no aceptar nada sin que haya interpuesto antes su criterio y prestado su particular consentimiento.

Habiendo encontrado mi padre algunos días antes de su muerte aquel libro bajo un montón de papeles abandonados, encargóme que lo tradujera en francés. Es muy cómoda la traducción de autores como éste, en los cuales lo más interesante son las ideas, mas aquellos en quienes predominan la elegancia y las gracias del lenguaje son difíciles de interpretar, sobre todo cuando es más débil la lengua en que se trata de trasladarlos. Tal ocupación era para mi extraña y completamente nueva, mas hallándome por fortuna sin quehacer mayor, y no pudiendo oponerme á las órdenes del mejor padre que jamás haya existido, salí de mi empresa como pude, en lo cual mi padre halló un singular placer y dió orden de que el manuscrito se diera á la estampa, lo cual se hizo después de su muerte<sup>1</sup>. Encontré yo hermosas las ideas de nuestro autor, la textura de su obra bien unida y su designio lleno de piedad. Porque muchas personas se entretienen en leerle, sobre todo las damas, á quienes debemos toda suerte de atenciones, las cuales hanse mostrado muy aficionadas á la Apología, he tenido muchas veces ocasión de aclararlas el contexto para descargarse el libro de las dos objeciones más frecuentes que suelen hacersele. El fin es atrevido y valiente, pues en él se intenta por razones humanas y naturales probar y establecer contra los ateos los artículos todos de la cristiana religión, en lo cual, á decir verdad, yo encuentro el libro tan firme y afortunado que no creo que sea humanamente posible mejor conducir los argumentos, y entiendo que en ello nadie ha igualado á Raimundo Sabunde. Pareciéndome esta obra sobrado rica y hermosa para escrita por un autor cuyo nombre es tan poco conocido, y del cual todo cuanto sabemos es que fué español, y que explicó la medicina en Tolosa, hará próximamente doscientos años, pregunté á Adriano Turnebo, hombre omnisciente, sobre la importancia que pudiera tener tal libro, y contestóme que, á su juicio, bien podían estar los principios de Sabunde sacados de santo Tomás de Aquino, pues, en verdad, el autor de la *Summa Theologica*, al par que erudición vasta, poseía una sutileza de razonamiento digna de la mayor admiración, y añadió que sólo el santo era capaz de tales imaginaciones. Pero de todas suertes, sea quien fuere el autor ó inventor de la obra de que hablo (y no puede desposeerse de tal título á Sabunde sin pruebas en apoyo), era este filósofo un hombre eminente, á quien adornaban muy hermosas dotes.

El primer cargo que á su libro se hace es que los cristianos se engañan al querer apoyar sus creencias valiéndose

1. En Paris, en la imprenta de Gabriel Buon, 1569.

de razonamientos humanos para sustentar lo que no se concibe sino por mediación de la fe, por particular inspiración de la gracia divina. En esta objeción parece que hay algún celo piadoso y por ello nos precisa intentar con igual respeto y dulzura satisfacer á los que la proclaman. Labor es ésta que acaso fuera más propia de un hombre versado en la teología que de mí, que desconozco esa ciencia; sin embargo, yo juzgo que en una cosa tan divina y tan alta, que de tan largo sobrepasa la humana inteligencia, como es esta verdad, con la cual la bondad de Dios ha tenido á bien iluminarnos, hay necesidad de que nos preste todavía su auxilio como favor privilegiado y extraordinario, para poderla comprender y guardarla en nuestra mente, y no creo que los medios puramente humanos sean para ello en manera alguna capaces; y si lo fueran, tantas almas singulares y privilegiadas como en los siglos pasados florecieron, hubieran llegado por su discurso á su conocimiento. Sólo la fe abarca vivamente de un modo verdadero y seguro los elevados misterios de nuestra religión, lo cual no significa que deje de ser una empresa hermosa y laudable la idea de acomodar al servicio de aquella los instrumentos naturales y humanos con que Dios nos ha dotado; no hay que dudar ni un momento que sea éste el uso más digno en que podemos emplear nuestras facultades, y que no existe ocupación ni designio más alto para un cristiano que el de encaminarse por todos sus estudios y meditaciones á embellecer, extender y amplificar el fundamento de su creencia. No nos conformamos con servir á Dios con el espíritu y con el alma; todavía le debemos y le devolvemos una reverencia corporal; aplicamos nuestros miembros mismos, nuestros movimientos y las cosas externas á honrarle: es preciso hacer lo propio con la fe acompañándola de toda la razón que sea capaz, pero siempre teniendo en cuenta que no sea de nosotros de quien dependa, ni que nuestros esfuerzos y argumentos puedan alcanzar una tan sobrenatural y divina ciencia. Si ésta no nos penetra por virtud de una infusión extraordinaria; si penetra no solamente por la razón sino además por medios puramente humanos, no alcanza toda su dignidad ni todo su esplendor; y á la verdad, yo recelo que nosotros no la disfrutamos más que por ese camino. Si estuviéramos unidos á Dios por el intermedio de una fe viva, si le comprendiéramos por él, no por nosotros; si lo gráramos un apoyo y fundamento divinos, los accidentes humanos no tendrían el poder de apartarnos de Dios, como acontece; nuestra fortaleza haría frente á una batería tan débil. El amor á lo nuevo, los compromisos con los principes, el triunfo de un partido, el cambio temerario y fortuito de nuestras opiniones, no tendrían la fuerza de sacudir y alterar nuestra creencia; no dejaríamos que se turbara á merced de un nuevo argumento, ni tampoco ante



los artificios de la retórica más poderosa. Hariamos frente á todo con firmeza inflexible é inmutable :

Illis fluctus rupes ut vasta refundit,  
Et varias circum latrantes dissipat undas  
Mole sua <sup>1</sup>.

Si el esplendor de la divinidad nos tocara de algún modo, aparecería en nosotros por todas partes; no sólo nuestras palabras, sino nuestras acciones llevarían su luz y su brillo; todo cuanto de nosotros emanase se vería iluminado de esa noble claridad. Deberíamos avergonzarnos de que entre todas las sectas humanas jamás hubo ningún hombre afiliado á las mismas que dejara de acomodar á ellas todos los actos de su vida, por difícil que fuera el cumplimiento de la doctrina, y sin embargo, nosotros, cristianos, nos unimos á la divinidad solamente con las palabras. ¿Queréis convencerlos de esta verdad? Comparad nuestras costumbres con las de un mahometano ó con las de un pagano; siempre quedaréis por bajo de ambos, allí mismo donde teniendo en cuenta la superioridad de nuestra religión deberíamos lucir en excelencia y quedar á una distancia extrema é incomparable. Y debiera añadirse: puesto que son tan justos, tan caritativos y tan buenos, no pueden menos de ser cristianos. Todas las demás circunstancias son comunes á las otras religiones: esperanza, confianza, ceremonia, penitencia y martirios; la marca peculiar de la verdad de nuestra religión debiera ser nuestra virtud, como es también el más celeste distintivo y el más difícil y la más digna producción de la verdad. Por eso tuvo razón nuestro buen san Luis, cuando aquel rey tártaro que se convirtió al cristianismo quiso venir á Lión á besar los pies del papa, para reconocer la santidad de nuestras costumbres, al disuadirle al punto de su propósito, temiendo que nuestra licenciosa manera de vivir le apartara de una creencia tan santa. Lo contrario precisamente que aconteció á aquel otro que fué á Roma para fortificar su fe, y viendo de cerca la vida disoluta de los prelados y del pueblo, se arraigaron en su alma más y más las creencias de nuestra religión al considerar cuánta debe ser su fuerza y divinidad, puesto que alcanza el mantenimiento de su esplendor y dignidad en medio de tanta corrupción y entregada en manos tan viciosas. Si tuviéramos una sola gota de fe, removeríamos las montañas del lugar en que tienen su asiento, dice la Sagrada Escritura<sup>2</sup>; nuestras acciones, que estarían guiadas y acompañadas de la divinidad, no serían simplemente humanas, tendrían algo de milagroso, como nuestra creencia :

1. Tal, inalterable en su profunda base, la dilatada roca rechaza las olas que braman en su derredor y desmenuza su impotente rabia. (Versos imitados de VIRGILIO, *Eneid.*, VII, 587, compuestos por un anónimo en loor de Ronsard.)

2. Evangelio de SAN MATEO, XVII, 19.

*Brevis est institutio vite honestæ beatæque, si credas*<sup>1</sup>. Los unos hacen ver al mundo que tienen fe en lo que no creen; otros, en mayor número, se engañan á sabiendas, sin acertar á penetrar en qué consiste el creer; nos maravilla, sin embargo, que en las guerras que á la hora presente desolan nuestro Estado, el ver flotar los acontecimientos de modo diverso, de una manera común y ordinaria: la razón de ello es que la fe está ausente de nuestras luchas. La justicia, que reside en uno de los partidos, no figura sino como ornamento y cobertura; con razones se la alega, pero ni es atendida ni tomada en consideración ni reconocida tampoco; figura lo mismo que en boca del abogado, no en el corazón ni en la afección de ninguno de los beligerantes. Debe el Señor su extraordinaria misericordia á la fe y á la religión, en manera alguna á nuestras pasiones; los hombres las conducen y las dan rienda suelta so pretexto de religión, cuando debiera acontecer precisamente todo lo contrario. Poned atención, y veréis cuál acomodamos como blanda cera la religión á nuestros caprichos, haciéndola adoptar todas las formas que nos viene en ganas. Jamás abuso tal se vió en Francia como en los tiempos en que vivimos. Tómenla á tuertas ó á derechas, digan negro ó blanco, todos la emplean de modo parecido, todos la ponen al nivel de sus empresas ambiciosas, todos la usan para realizar el desorden y la injusticia, de tal suerte que hacer bien dudosa y difícil de creer la diversidad de opiniones que alegan como justificación de sus actos, en cosa de que depende la norma y ley de nuestra vida: ¿acaso pueden emanar de la misma escuela y disciplina costumbres más unidas ni más unas? Considerad la horrible imprudencia con que jugamos con las razones divinas y cuán irreligiosamente las adoptamos y las dejamos, á tenor que la fortuna nos cambia de lugar en estas tempestades públicas. Este solemne principio de si es lícito al súbdito rebelarse y armarse contra el soberano para defender la religión, recordad en boca de quiénes se oyó el año anterior la respuesta afirmativa, y quiénes lo enarbolaron como estandarte; recordad también á los que propendieron por la negativa, los cuales también hicieron bandera de su respuesta, y oid al presente el lado de donde viene la voz é instrucción de uno y otro parecer, y si las armas se entrechocan menos por esta causa ó por aquélla. Quemamos á las gentes cuya opinión es que precisa hacer que la verdad sufra el yugo de nuestra necesidad, á los que entienden que aquélla debe sufrir las modificaciones que exija el interés de nuestra causa. Confesemos la verdad: ¿quién acertaría á elegir entre la multitud á los que pone en movimiento

1. Cree, y conocerás muy luego el camino de la virtud y de la dicha. QUINTILIANO, XII, 11. — Montaigne interpreta á su manera el texto de Quintiliano, J. V. S.



el celo solo de una afección religiosa, ni siquiera á los que sólo consideran la protección de las leyes de su país ó el servicio del príncipe? Con todos juntos no podría formarse ni una compañía cabal. ¿De qué proviene el que sean tan contados los que hayan mantenido voluntad y progreso invariables en nuestros trastornos públicos y que nosotros los veamos unas veces caminar al paso, otras adoptar una carrera desenfundada? ¿En qué se fundamenta el que hayamos visto á los mismos hombres, ya malbaratar nuestros intereses por su rudeza y violencia, ya por su frialdad, blandura y pesadez, si la causa de todo no la atribuimos á que los empujan sólo consideraciones particulares y casuales, cuya diversidad únicamente los mueve?

Veo con toda evidencia que no concedemos á la devoción sino aquellas prácticas que halagan nuestras pasiones. No hay hostilidad que aventaje á la que reconoce por causa el interés de la religión: nuestro celo en ese caso ejecuta maravillas cuando secunda nuestra inclinación hacia el odio, la crueldad, la ambición, la avaricia, la detracción, la rebelión; por el contrario, hacia la bondad, la benignidad, la templanza, si como por singularidad alguna rara complexión no guarda en sí la semilla de esas virtudes, lo demás no la encamina ni de grado ni por fuerza. Nuestra religión fué instituida para extirpar los vicios, mas sin embargo, los cubre, los engendra y los incita. De Dios nadie puede burlarse. Si creyéramos en él, no ya por el camino de la fe, sino por el de la simple creencia, ó tan sólo (y lo digo para nuestra confusión y vergüenza) como en otra persona, como en uno de nuestros compañeros, le amaríamos sobre todas las cosas, por la infinita bondad y belleza infinita que resplandecen en él; cuando menos, le colocaríamos en el mismo rango de afección que las riquezas, los placeres, la gloria y los amigos. El mejor de todos nosotros nada teme ultrajarle, y sin embargo se cuida muy mucho de no ofender á su vecino, á su pariente ó á su amo. ¿Existe algún entendimiento, por grande que sea su simplicidad, que teniendo á un lado el objeto de alguno de nuestros viciosos placeres y de otro el destino de una gloria inmortal abrigara la menor duda en la elección del uno ó de la otra? Renunciamos, sin embargo, á ella por puro menosprecio, pues ¿qué idea nos arrastra á la blasfemia si no es el deseo mismo de inferir esta ofensa? Como iniciaran al filósofo Antístenes en los misterios de Orfeo, decíale el sacerdote que los que practicaban aquella religión recibirían cuando les llegara la muerte eternos y perfectos bienes. «¿Por qué si tal es tu creencia, repuso el filósofo, no mueres tú mismo?» Diógenes, con brusquedad mayor, según su modo, y á mayor distancia de nuestro caso, contestó al sacerdote que le recomendaba que abrazase sus creencias para alcanzar la dicha eterna: «¿Tú quieres que

yo me persuada de que Agesilao y Epaminondas, que son hombres grandes, serán miserables, y que tú, que no haces nada, ni eres más que un borrego incapaz de nada que valga la pena, serás bienaventurado porque eres sacerdote?» Esas grandes promesas de la eterna beatitud, si á la manera como acogemos las doctrinas filosóficas las recibiéramos, no nos horrorizaríamos ante la muerte, como nos horrorizamos:

Non jam se moriens dissolvi conqueretur;  
Sed magis ire foras, vestemque relinquere, ut anguis,  
Gauderet, prelonga senex aut cornua cervus <sup>1</sup>.

«Quiero desaparecer, diríamos, éirme con Nuestro Señor Jesucristo <sup>2</sup>.» La elocuencia del discurso de Platón sobre la inmortalidad del alma impelió á la muerte á algunos de sus discípulos para gozar así más prontamente de las esperanzas que el filósofo les prometía.

Todo esto es signo evidéntísimo de que no recibimos nuestra religión sino á nuestro modo y con nuestras propias manos, como las otras religiones se reciben. Encontrámonos en el país en que la religión católica se practica; consideramos su antigüedad ó la autoridad de los hombres que la han defendido, tememos las amenazas que acompañan á los que no creen, ó seguimos sus promesas. Estas consideraciones deben emplearse en apoyo de nuestra creencia, pero solamente como cosa subsidiaria, pues no son más que lazos humanos: otra religión, distintos testigos, promesas análogas y amenazas semejantes, podrían imprimir en nosotros por el mismo camino una idea contraria. Somos cristianos de la misma suerte que perigorianos ó alemanes. Lo que dice Platón, de que hay pocos hombres tan firmes en el ateísmo, que cualquier daño que les acontezca no los conduzca al reconocimiento del poder divino, papel semejante no tiene nada que ver con la idea de un verdadero cristiano; propio es sólo de las religiones mortales y humanas el ser recibidas por una terrenal conducta. ¿Qué género de fe es la que la cobardía y la debilidad de ánimo arraigan en nosotros? ¡Bonita fe la que no admite lo que cree, sin tener para ello otra razón que la falta de valor para rechazarlo! Pasiones viciosas como las de la inconstancia y la de la sorpresa, ¿pueden ocasionar en nuestra alma ni siquiera una influencia ordenada? Creen éstos, añade Platón, fundamentándose en su propio juicio, que todo cuanto se refiere del infierno y de las penas futuras es fingido, mas cuando la ocasión de experimentarlas se acerca con la vejez y las enfermedades,

1. En vez de lamentar nuestra disolución dejaríamos gozosos la vida; abandonaríamos nuestra envoltura como la culebra deja la piel que la cubre, como el ciervo se deshace de su inútil cornamenta. LUCRECIO, III, 612.

2. SAN PABLO, *Epístola á los Filipenses*.



y con ellas la muerte, el terror los llena de una creencia nueva, por el horror de su condición en lo porvenir. Y porque tales impresiones hacen temerosos los ánimos, prohíbe el filósofo en sus leyes el conocimiento de aquellas amenazas, y procura persuadir á los hombres que de los dioses no pueden recibir mal alguno, sino es para recoger luego mayor bien, después que recibe el daño y como un medicinal efecto. Refiérese de Bion que, contaminado con el ateísmo de Teodoro, se burló largo tiempo de los hombres religiosos, pero que al sorprenderle la muerte arrastró su alma á las supersticiones más extremadas, cual si los dioses existieran ó no existieran conforme á la voluntad de Bion. Platón, y también los citados ejemplos lo demuestran, sostiene que los hombres se encaminan á Dios por el amor ó por la fuerza. Siendo, como es el ateísmo, un principio desnaturalizado y monstruoso, difícil también de inculcar en el espíritu humano, por insolente y desordenado que éste se suponga, hanse visto bastantes que por vanidad ó rebeldía concibieron opiniones nada vulgares é ideas reformadoras para aplicarlas al mundo, y mantener su obra por tesón ó dignidad; pues si son locos en grado suficiente, en cambio no son bastante fuertes para alojar en su conciencia la obra que realizaron, por eso no dejarán de elevar sus brazos al cielo si reciben en el pecho la herida de una espada. Y cuando el miedo ó la enfermedad hayan abatido y enmohecido ese licencioso fervor de humor versátil, tampoco dejarán de volver sobre sí mismos, ni con toda discreción de acomodarse á las creencias y ejemplos públicos. Cosa muy distinta es un dogma seriamente digerido de esas superficiales impresiones que, emanadas del desorden de un espíritu sin atadero, van nadando en la fantasía temeraria é inciertamente. ¡Espíritus miserables y sin seso, que tratan de traspasar en maldad el límite que sus fuerzas consienten!

El error del paganismo y la ignorancia de nuestra santa verdad dejó caer el alma grande de Platón, grande sólo humanamente, en este otro error semejante: « que los niños y los viejos son más susceptibles de religión »; como si ésta naciera y encontrara todo su crédito en nuestra debilidad. El nudo que debiera unir nuestro juicio y nuestra voluntad, el que debiera estrechar nuestra alma y elevarla á nuestro Criador, debería ser un nudo que tomara sus repliegues y su fortaleza no de nuestra consideración ni de nuestras razones y pasiones, sino de un estrechamiento divino y sobrenatural, que no tuviera más que una forma, un aspecto y una apariencia, que es la autoridad de Dios y su gracia. Ahora bien, como nuestro corazón y nuestra alma están regidos y gobernados por la fe, es prudente que ésta saque al servicio de su designio todas las demás partes que nos componen según la naturaleza de cada una.

Así, no es creíble que toda esta máquina deje de tener selladas algunas de las marcas de la mano de ese gran arquitecto, y que no haya alguna imagen en las cosas de este mundo que en cierto modo se relacione con el obrero que las ha edificado y formado. Dios dejó en sus altas obras impreso el carácter de la divinidad, y sólo nuestra flaqueza de espíritu nos priva de descubrirlo. El mismo nos dice que sus acciones invisibles nos las manifiesta por medio de las visibles. Sabunde ha trabajado este digno estudio y nos muestra cómo no hay nada en el mundo que desmienta á su Creador. Estaría en oposición con la divina bondad el que el universo no consintiera en nuestra creencia: el cielo, la tierra, los elementos, nuestro cuerpo y nuestra alma, todas las cosas conspiran en apoyo de nuestra fe; el toque está en saber servirse de ellas y en encontrar para ello el camino; las cosas nos instruyen siempre y cuando que seamos capaces de entenderlas, pues este mundo es un templo santísimo, dentro del cual el hombre ha sido introducido para contemplar monumentos que no son obra de mortal artífice, sino que la divina sabiduría hizo sensibles: el sol, las estrellas, las aguas y la tierra para representarnos las cosas inteligibles. « Las invisibles y divinas, dice san Pablo <sup>1</sup>, muéstranse por la creación del mundo, considerando la eterna sabiduría del Hacedor y su divinidad mediante sus obras. »

Atque adeo faciem cœli non invidet orbi  
Ipse Deus, vultusque suos, corpusque recludit  
Semper volvendo; seque ipsum inculcat, et offert:  
Ut bene cognosci possit, doceatque videndo  
Qualis eat, doceatque suas attendere leges <sup>2</sup>.

Ahora bien; nuestra razón y humanos discursos son como materia estéril y pesada: la gracia de Dios es la forma de ellos y lo que los comunica precio y apariencia. De la propia suerte que las acciones virtuosas de Sócrates y Catón fueron inútiles y vanas porque no estuvieron encaminadas á ningún fin, porque no tuvieron en cuenta el amor y obediencia del Creador verdadero de todas las cosas, y porque aquellos filósofos ignoraron á Dios, así acontece con nuestras imaginaciones y discursos, que en apariencia muestran alguna forma, pero que en realidad no son más que una masa informe, sin armonía ni luz, si la fe y la gracia del Señor no los acompañan. La fe ilustró los argumentos de Sabunde y los convirtió en firmes y sólidos, capaces de servir de ruta y primer guía á un primerizo para ponerle

1. Epístola á los Romanos.

2. Dios no envidia á las criaturas la dicha de contemplar el firmamento; al ordenar que éste ruede sin cesar sobre nuestras cabezas, él mismo se expone ante nuestra vista al descubierto; muéstrasenos para ser claramente conocido, y nos enseña á contemplar su marcha y á conocer y á meditar detenidamente sus leyes. MANILIO, IV, 907.



en camino de la divina ciencia; esos raciocinios le acomodan de todas armas y hacen visible la gracia de Dios, por medio de la cual se elabora luego nuestra creencia. Yo sé de un hombre de autoridad científica, versado en el estudio de las letras, que me ha confesado haber desechado los errores de la falta de creencia por el solo auxilio de los argumentos de Sabunde. Y aun cuando se los despojara del ornamento, socorro y aprobación de la fe, tomándolos por fantasías puramente humanas, para combatir á los que se precipitaron en las espantosas y horribles tinieblas de la irreligión, serian todavía tan sólidos y tan firmes como cualesquiera otros de la misma condición que pretendiera oponérseles; de suerte que podemos decir con fundamento:

*Si melius quid habes, arcesse; vel imperium fer<sup>1</sup>:*

sufuran pues el empuje de nuestras pruebas ó hágannos patentes las suyas. Y con esto vengo á dar, sin haberlo advertido, á la segunda objeción que se hace más comunmente á la obra de Sabunde.

Dicen algunos que sus argumentos son débiles é insuficientes á demostrar lo que se propone, é intentan sin dificultad objetarlos. Preciso es sacudir á éstos con alguna mayor rudeza, pues son más dañinos y de peor hombría de bien que los primeros. De buen grado se acomodan las doctrinas ajenas en favor de las opiniones que profesamos y de los prejuicios que guardamos; para un ateo todos los escritos le encaminan al ateísmo; el ateo inficiona con su propio veneno la idea más inocente. Tienen éstos muy arraigada la preocupación en el juicio, y así su palabra no gusta de los razonamientos de Sabunde. Por lo demás, antójaseles que se les conceda la victoria al dejarlos en libertad de combatir nuestra religión valiéndose de armas humanas, la cual no osarían atacar en su majestad llena de autoridad y mando. El medio que yo empleo para rebatir este frenesí, y que me parece el más adecuado, es el de humillar y pisotear el orgullo de la altanería humana; hacer patentes la inanidad, la vanidad y la bajeza del hombre; arrancarle de cuajo las miserables armas de su razón; hacerle bajar la cabeza y morder el polvo bajo la autoridad y reverencia de la majestad divina. Sólo á ella pertenecen la ciencia y la sabiduría; ella sola es la que puede por sí misma estimar las cosas en su esencia y de quien nosotros tomamos toda luz.

*Οὐ φάρ ἐξ ἡρονέειν ὁ Θεός μέγα ἄλλον, ἢ ἑαυτὸν<sup>2</sup>.*

1. Si tenéis en vuestra mano algo mejor, mostrádnoslo; y si no, someteos HORACIO, *Epist.* 1, 5, 6.

2. Porque Dios no quiere que nadie se enorgullezca si no es él. Así habla Artaban á Jerjes en la historia de HERODOTO, VII, 10.

Echemos por tierra aquella creencia presuntuosa, primer fundamento de la tiranía del maligno espíritu: *Deus superbis resistit; humilibus autem dat gratia<sup>1</sup>*. La inteligencia, dice Platón, reside sólo en los dioses y muy poco ó casi nada en los hombres. Así que constituye un consuelo grande para el cristiano el ver que nuestros órganos mortales y caducos estén tan bien dispuestos para la fe santa y divina, y que cuando se los emplea en los actos de su naturaleza mortal no sean tan apropiados ni tan fuertes. Veamos, pues, si el hombre tiene en su mano razones más poderosas que las de Sabunde; veamos si dispone siquiera del poder de alcanzar alguna certidumbre por razonamientos ó argumentos. Hablando san Agustín contra los incrédulos, halla ocasión de echarles en cara su injusticia, porque encuentran falsos los fundamentos de nuestra creencia que, según aquéllos, nuestra razón no puede llegar á establecer; y para mostrar que bastantes cosas pueden ser ó haber sido, de las cuales nuestro espíritu no acertaría á fundamentar la naturaleza ni las causas, les hace ver ciertas experiencias conocidas é indudables, á las cuales el hombre confiesa ser ajeno. De ello habla san Agustín, como de todas las demás cosas, con fineza é ingenio agudo. Es preciso avanzar más y enseñarles que para que se convengan de la debilidad de su razón no hay necesidad de ir escogiendo ejemplos singulares y peregrinos; que la razón es de suyo tan corta y tan ciega, que no hay verdad por luminosa que sea que de tal suerte le aparezca; que lo fácil y lo difícil son para ella una cosa misma; que todos los asuntos por igual, y la naturaleza en general, desaprueban su jurisdicción y entrometimiento.

¿Qué es lo que la verdad pregona cuando lo pregona? Huir la mundana filosofía<sup>2</sup>; dícenos que nuestra sabiduría no es sino locura á los ojos de Dios; que de todas las vanidades ninguna sobrepasa á la del hombre<sup>3</sup>; que el que presume de su saber, ni siquiera sabe en qué consiste el saber, y que el hombre, que no es nada, si piensa ser alguna cosa, se seduce á sí mismo y se engaña. Estas sentencias del Espíritu Santo expresan tan claramente y de un modo tan vivo los principios que yo quiero mantener, que no necesitaría echar mano de ninguna otra prueba contra gentes que se rendirían con entera sumisión y obediencia á su autoridad; mas éstos de que aquí se trata se obstinan en ser azotadas á sus propias expensas y no consienten en sufrir que se combata su razón de otro modo que con la razón misma.

Consideremos, pues, por un momento al hombre solo,

1. Dios hace frente á los soberbios y perdona á los humildes. 1.<sup>a</sup> *Epist.* S. PABLO, c. V, v. 5.

2. SAN PABLO, á los Colosenses.

3. SAN PABLO, á los Corintios.



sin auxilio ajeno, armado solamente de sus facultades y desposeído de la gracia y conocimiento divinos, que constituyen su honor todo, su fuerza, el fundamento de su ser; veamos cuál es su situación en estado tan peregrino. Hágame primeramente comprender por el esfuerzo de su razón sobre qué cimientos ha edificado la superioridad inmensa que cree disfrutar sobre las demás criaturas. ¿Quién le ha enseñado que ese movimiento admirable de la bóveda celeste, el eterno resplandor de esas antorchas que soberbiamente se mantienen sobre su cabeza, las tremendas sacudidas de esa mar infinita, hayan sido establecidos y continúen durante siglos y siglos para su comodidad y servicio? ¿Es acaso posible imaginar nada tan ridículo como esta miserable y raquítica criatura que ni siquiera es dueña de sí misma, que se halla expuesta á recibir daños de todas partes, y que, sin embargo, se cree emperadora y soberana del universo mundo, del que ni siquiera conoce la parte más ínfima, lejos de poder gobernarlo? Y ese privilegio que el hombre se atribuye en este soberbio edificio de pretender ser único en cuanto á capacidad para reconocer la belleza de las partes que lo forman, el solo el que puede dar gracias al magistral arquitecto y hacerse cargo de la organización del mundo, ¿quién le ha otorgado semejante privilegio? Que nos haga ver las pruebas de tan grande y hermosa facultad, que ni siquiera á los más sabios fué concedida. Casi á nadie fué otorgada concesión semejante, y menos, por consiguiente, habian de participar de ella los locos y los perversos, que constituyen lo peor que hay en el mundo. *Quorum igitur causa qui dixerit effectum esse mundum? Eorum scilicet animantium, quæ ratione utuntur; hi sunt dii et homines, quibus profecto nihil est melius*<sup>1</sup>: nunca denostariamos bastante la impudencia de pretensión tan risible. ¡Infeliz! ¿Qué calidades le acompañan para ser acreedor á tan sublime distinción? Considerando esa vida inmarcesible de los cuerpos celestes, la hermosura de ellos, su magnitud, su continuo movimiento con tanta exactitud acompasado:

Quam suspicimus magni cœlestia mundi  
Templa super, stellisque micantibus æthera fixum,  
Et venit mentem lunæ solisque viarum<sup>2</sup>;

al fijarnos en la dominación y poderío de esos luminares,

1. El estoico Balbo, que en la obra de CICERÓN, *de Nat. deor.*, habla así: *Quorum igitur, etc.* « ¿Para quién diremos, pues, que el mundo fué criado? Sin duda para los seres animados dotados de razón: para los dioses y los hombres, que son las más perfectas entre todas las criaturas. »

2. Cuando contemplamos sobre nuestras cabezas esas inmensas bóvedas del mundo y los astros que las esmaltan; cuando reflexionamos en el ordenado curso de la luna y del sol. LUCRECIO, V, 1203.

que no sólo ejercen influencia sobre nuestras vidas y fortuna,

Facta etenim et vitas hominum suspendit ab astris<sup>1</sup>,

sino sobre nuestras inclinaciones mismas, sobre nuestra razón, sobre nuestra voluntad, las cuales rigen, empujan y agitan á la merced de su influencia, conforme el racionio nos enseña y descubre:

Speculataque longe  
Deprendit tacitis dominantia legibus astra,  
Et totum alterna mundum ratione moveri,  
Factorumque vices certis discurrere signis<sup>2</sup>;

al ver que, no ya un solo hombre ni un rey, sino que las monarquías, los imperios y cuanto hormiguea en este bajo mundo se mueve ú oscila á tenor del más insignificante movimiento celeste:

Quantaque quam parvi faciant discrimina motus...  
Tantum est hoc regnum, quod regibus imperat ipsis<sup>3</sup>;

si nuestra virtud, nuestros vicios, nuestra ciencia y capacidad, y la misma razón con que nos hacemos cargo de las revoluciones astronómicas y de la relación de ellas con nuestras vidas procede, como juzga aquélla, por su favor y mediación:

Forit alter amore,  
Et pontum tranare potest, et vertere Trojam:  
Alterius sors est scribendis legibus apta.  
Ecce patrem nati perimunt, natosque parentes;  
Mutuaque armati coeunt in vulnera fratres.  
Non nostrum hoc bellum est; coguntur tanta movero,  
Inque suas ferri pœnas, lacerandaque membra.

Hoc quoque fatale est, sic ipsum expendere fatum<sup>4</sup>;

si de la organización del cielo nos viene la parte discursiva de que disponemos, ¿cómo puede esta parte equipararnos á aquél? ¿cómo someterá á nuestra ciencia sus condiciones y su esencia? Todo cuanto vemos en esos cuerpos nos

1. Porque la vida y las acciones de los hombres están sujetas á la influencia de los astros. MANILIO, III, 58.

2. La razón reconoce que esos astros que tan lejos vemos de nosotros ejercen sobre el hombre un secreto imperio; que los movimientos del universo están sujetos á leyes periódicas, y que el encadenamiento de los destinos está determinado por signos ciertos. MANILIO, I, 60.

3. Los cambios y trastornos mayores reconocen por origen esos movimientos insensibles, cuyo imperio supremo alcanza hasta á los mismos reyes. MANILIO, I, 55; IV, 93.

4. El uno, loco de amor, desafía al mar tempestuoso para ocasionar la ruina de Troya, su patria. Otro es destinado por la suerte á dictar leyes. Aquí los hijos asesinan á sus padres; allá los padres degüellan á sus hijos, y hermanos contra hermanos luchan con mano sacrilega. No acusemos á los hombres de sus crímenes: el destino los arrastra y los fuerza á desgarrarse, á castigarse con sus propias manos... Y si yo hablo así del destino, es porque el destino mismo lo ha querido. MANILIO, IV, 79, 118.

influyen  
en la  
nuestra



admira: *Quæ molitio, quæ ferramenta, qui pecies, quæ machinæ, qui ministri tanti operis fuerunt*<sup>1</sup>? ¿Por qué, pues, los consideramos como privados de alma, vida y raciocinio? ¿Acaso hemos podido reconocer en ellos la inmovilidad y la insensibilidad, no habiendo con ellos mantenido otra relación que la de sumisión y obediencia? ¿Osaremos decir acaso que no hemos visto en ninguna criatura si no es en el hombre el empleo de un alma razonable? ¿Pues qué! ¿hemos visto algo que se asemeje al sol? ¿deja de existir lo mismo porque no hayamos visto nada que se le asemeje, ni sus movimientos de existir porque no los haya semejantes? Si tantas cosas como no hemos tocado no existen, nuestra ciencia es de todo punto limitada. *Quæ sunt tantæ animi angustie*<sup>2</sup>. ¿Acaso son soñaciones de la humana vanidad el creer que la luna es una tierra celeste; suponer como Anaxágoras que en ella hay valles y montañas y viviendas para los seres humanos, ó establecer colonias para nuestra mayor comodidad, como hacen Platón y Plutarco, y también considerar á la tierra como un astro luminoso? *Inter cætera mortalitatis incommoda, et hoc est, caligo mentium; nec tantum necessitas errandi, sed errorum amor*<sup>3</sup>. *Corruptibile corpus aggravat animam, et deprimit terrena inhabitatio sensum multa cogitantem*<sup>4</sup>. La presunción es nuestra enfermedad natural y original. La más frágil y calamitosa de todas las criaturas es el hombre, y á la vez la más orgullosa: el hombre se siente y se ve colocado aquí bajo, entre el fango y la escoria del mundo, amarrado y clavado á la peor parte del universo, en la última estancia de la vivienda, el más alejado de la bóveda celeste, en compañía de los animales de la peor condición de todas, por bajo de los que vuelan en el aire ó nadan en las aguas, y sin embargo se sitúa imaginariamente por cima del círculo de la luna, suponiendo el cielo bajo sus plantas. Por la vanidad misma de tal presunción quiere igualarse á Dios y atribuirse cualidades divinas que elige él mismo; se separa de la multitud de las otras criaturas, aplica las prendas que le acomodan á los demás animales, sus compañeros, y distribuye entre ellos las fuerzas y facultades que tiene á bien. ¿Cómo puede conocer por el esfuerzo de su inteligencia los movimientos secretos é internos de los ani-

1. ¿Qué instrumentos, qué palancas, qué máquinas, qué obreros elevaron un edificio tan vasto? CICERÓN, *de Nat. deor.*, I, 8.

2. ¡Ah! cuán reducidos son los límites de nuestro espíritu. CICERÓN, *de Nat. deor.*, I, 31.

3. Entre otros males á que está sujeta la humana naturaleza uno de ellos es la ceguera del alma, que obliga al hombre á errar y le hace todavía amar sus errores. SENECA, *de Ira*, II, 9.

4. El cuerpo, sujeto á la corrupción entorpece el alma del hombre; y esa grosera envoltura rebaja su pensamiento y le sujeta á la tierra. Libro de la Sabiduría, IX, 15, citado por san Agustín, *de Civit. Dei*, XII, 13.

males? ¿De qué razonamiento se sirve para asegurarse de la pura y sola animalidad que les atribuye? Cuando yo me burlo de mi gata, ¿quién sabe si mi gata se burla de mí más que yo de ella? Nos distraemos con monerías recíprocas; y si yo tengo mi momento de comenzar ó de dejar el juego, también ella tiene los suyos. Platón, en su pintura de la edad de oro, bajo Saturno, incluye entre los principales privilegios del hombre de aquella época la comunicación que él mismo tenía con los animales, de los cuales recibía instrucción y conocía las cualidades y diferencias de cada uno; por donde adquiriría una prudencia é inteligencia perfectas y gobernaba su vida mucho mejor que nosotros pudiéramos hacerlo; ¿precisa encontrar otra prueba de la insensatez humana al juzgar á los animales? Ese profundo autor cree que en la forma corporal de que los dotó la naturaleza, ésta sólo atendió al uso de los pronósticos que de ellos se deducían en su tiempo. Tal defecto, que impide nuestra comunicación recíproca, puede depender tanto de nosotros como de los seres que consideramos como inferiores. Está por dilucidar de quién es la culpa de que no nos entendamos, pues si nosotros no penetramos las ideas de los animales, tampoco ellos penetran las nuestras, por lo cual pueden considerarnos tan irracionales como nosotros los consideramos á ellos. Y no es maravilla el que no los comprendamos, pues nos ocurre otro tanto, por ejemplo, con los vascos y los trogloditas. Algunos, sin embargo, se vanagloriaron de comprenderlos, entre otros, Apolonio de Tyano, Melampo, Tiresias y Thales. Y puesto que según los cosmógrafos hay naciones que reciben un perro como rey, preciso es que las mismas encuentren algún sentido claro en la voz y movimientos del perro. Preciso es también advertir la correspondencia que existe entre el hombre y los animales: algo conocemos los sentidos de los mismos; sobre poco más ó menos el mismo conocimiento que los animales tienen de nosotros, y así vemos que nos acarician, nos amenazan ó solicitan algo de nosotros, lo mismo exactamente que nosotros de ellos. Por lo demás, advertimos con toda evidencia que entre ellos existe una comunicación entera y plena, que se comprenden, y no ya sólo los de una misma especie, sino también los de especies distintas:

Et mutæ pecudes, et denique secla ferarum  
Dissimiles suerunt voces variasque ciere,  
Quum metus aut dolor est, aut quum jam gaudia gliscunt<sup>1</sup>.

En cierto ladrido del perro conoce el caballo que el primero está dominado por la cólera, mientras que no le

1. Los animales domésticos, lo mismo que las fieras, producen sonidos diversos según obran en ellos el temor, el dolor ó la alegría. LUCRECIO, V, 1058.



asustan otras modulaciones de su voz. En los animales que se hallan privados de esa facultad, por la comunicación é inteligencia que entre ellos existen, podemos juzgar fácilmente que se entienden, valiéndose para ello de movimientos, que son otras tantas como razones y discursos :

Non alia longe ratione, atque ipsa videtur  
Protrahere ad gestum pueros infantia linguæ <sup>1</sup>.

¿Y por qué no creerlo así? De la propia suerte que los mudos disputan, argumentan y refieren historias por signos; yo he visto algunos tan habituados y diestros que nada les faltaba para exteriorizar todas sus ideas. Los enamorados regañan, se reconcilian, se dirigen ruegos, se dan las gracias y se comunican con los ojos todas las cosas :

E l silenzio ancor suole  
Aver prieghi e parole <sup>2</sup>.

¿Pues y con las manos, cuántas ideas no se expresan? Queremos, prometemos, llamamos, despedimos, amenazamos, rogamos, suplicamos, negamos, rechazamos, interrogamos, admiramos, nombramos, confesamos, nos arrepentimos, tememos, nos avergonzamos, dudamos, damos instrucciones, mandamos, incitamos, animamos, juramos, testimoniamos, acusamos, condenamos, absolvemos, injuriamos, desdefiamos, desafiamos, nos despechamos, alabamos, aplaudimos, bendecimos, humillamos al prójimo, nos burlamos, nos reconciliamos, recomendamos, exaltamos, festejamos, damos muestras de contento, compartimos el dolor de otro, nos entristecemos, damos muestras de abatimiento, nos desesperamos, nos admiramos, exclamamos, nos callamos; ¿y de qué dejamos de dar muestras con el solo auxilio de las manos, con variedad que nada tiene que envidiar á las modulaciones más delicadas de la voz? Con la cabeza invitamos, aprobamos, desaprobamos, desmentimos, damos la bienvenida á alguno, honramos, veneramos, despreciamos, solicitamos, nos lamentamos, acariciamos, hacemos reproches, nos sometemos, desafiamos, exhortamos, amenazamos, aseguramos, inquirimos. Igualmente exteriorizamos lo más recóndito de nuestro ser con las cejas y con los hombros. No hay en nosotros movimiento que no hable, ya un lenguaje inteligible y sin disciplina, ya un lenguaje público; y si atendemos á la peculiar calidad del mismo, fácil nos será considerarlo como más propio que el articulado de la humana naturaleza. Y no hablo ya de lo que la necesidad enseña inopinadamente á los que de ello han menester echar mano: de los alfabe-

1. Así, la imposibilidad de hacerse entender por medio del baluceo obliga á las criaturas á recurrir á los gestos. LUCRECIO, V, 1020.

2. El silencio mismo tiene también su lenguaje; sabe rogar y hacerse entender. *Aminta* de Taso, acto II, coro, v. 34.

tos que se hacen con los dedos, de las gramáticas cuyos preceptos consisten en la disposición del gesto, ni de las artes que con ellos se ejercen y practican, ni de las naciones que según Plinio no conocen otro lenguaje. Un embajador de la ciudad de Abdera, después de haber hablado largo tiempo á Agis, rey de Esparta, le dijo: «¿Señor, qué respuesta quieres que lleve á mis conciudadanos? — Les dirás, contestó el soberano, que te dejé decir cuanto quisiste y tanto como quisiste, sin que yo pronunciara una sola palabra.» He aquí un callar que habla de un modo bien inteligible.

Por lo demás, ¿qué facultades reconocemos en nosotros que no veamos bien patentes en las operaciones que los animales practican? ¿Hay organización más perfecta ni más metódica, ni en que presida mayor orden en los cargos y oficios que la de las abejas? La ordenadisima disposición de los actos y labores que las abejas practican, ¿podemos admitirla ni imaginarla sin suponerlas dotadas de razón y discernimiento?

His quidam signis atque hæc exempla sequenti,  
Esse apibus partem divinæ mentis, et haustus  
Æthereos, dixere <sup>1</sup>.

Las golondrinas, que cuando vuelve la primavera vemos registrar los rincones todos de nuestras casas, ¿buscan sin discernimiento y eligen sin deliberación entre mil lugares aquel que encuentran más cómodo? Y en la admirable textura de sus construcciones, los pájaros no pueden adoptar ya la forma cuadrada, ya la redonda, bien en forma de ángulo obtuso ó recto, sin conocer las condiciones y efectos de cada una de estas formas? ¿Se sirven las aves unas veces del agua y otras de la arcilla, sin saber que la dureza de los cuerpos se reblandece con la humedad? ¿Tapizan de musgo sus viviendas ó de plumón, sin considerar que los tiernecillos miembros de sus pequeñuelos encontrarán así mayor blandura y comodidad? ¿Se resguardan del viento y de la lluvia y colocan sus nidos al oriente sin conocer las diferencias de aquéllos ni considerar que los unos les son más favorables que los otros? ¿Por qué la araña espesa su tela en un lugar y en otro la elabora menos fuerte, sirviéndose ya de la más recia, ya de la más débil, si sus movimientos no son reflexivos y deliberados?

De sobra reconocemos en la mayor parte de sus obras multitud de excelencias en los animales de que nosotros carecemos, y cuán débil es toda nuestra habilidad para imitarlos. En nuestras obras, que son menos delicadas, reconocemos las facultades que nos es preciso emplear, el esfuerzo de nuestra alma para la realización de las mismas;

1. Admirados de estas maravillas, los sabios creyeron que había en las abejas una partícula de la divina inteligencia. VIRGILIO, *Georg.*, IV, 210.